

Parashat
Miketz

♦ 61 ♦

ל' כסלו תשפ"ו

י"ל ע"י

קהילת שבתי בבית ד'

בנשיאות מורנו ורבנו הרה"צ
רבי גמליאל הכהן
רבינוביץ שליט"א

טיב הקהילה

Edición en español

בספרדית

טיב המעשיות

Tiv Hamaasiot

טיב המערכות

Tiv Hamaaréjet

«¿Qué es lo que D-ios nos ha hecho?»

(Bereshit 42:28)

El primero de los trece principios de la fe que se dicen cada día es: «Creo con fe completa que Hashem, bendito sea Su Nombre, es el Creador y el Conductor de todas las criaturas, y Él solo hizo, hace y hará todas las acciones».

La auténtica fe de que todo lo que ocurre en el mundo proviene únicamente de Hakadosh Baruj Hu, y que solo Él hizo, hace y hará todo cuanto sucede —esta fe se llama emuná shelemá (fe completa). Y lo vemos expresado en David Hamélej. Cuando Shimí ben Guerá lo maldijo con una maldición feroz, Avishay ben Tzeruiá quiso matarlo; pero David no aceptó y dijo: «Hashem le ha dicho: "Maldice a David"... Déjenlo que maldiga, pues Hashem se lo ha dicho». En esos mismos momentos, David alcanzó niveles muy elevados.

Así también vemos en nuestra parashá, en los hijos de Yaakov. Cuando encontraron el dinero en sus sacos, «temblaron el uno ante el otro diciendo: "¿Qué es esto que D-ios nos ha hecho?"». Y más adelante, en la misma parashá: «Pero somos culpables respecto de nuestro hermano, pues vimos la angustia de su alma cuando nos suplicaba y no escuchamos; por eso ha venido sobre nosotros esta desgracia». En ambos casos vemos que los santos hermanos comprendieron que no había allí ningún azar; tampoco lo que les ocurría atribuyeron al vicerrey, a quien tomaban por un egipcio, sino que supieron de inmediato que todo estaba dirigido con precisión por la providencia de Hakadosh Baruj Hu, que causa todas las causas.

¡Cuán temible es este lugar! Cuando una persona puede ponerse, sea en una hora de alegría o, D-ios no lo quiera, en una hora de dolor, y reconocer abiertamente que todo lo que le ocurre viene decretado desde lo Alto, y que no existe ninguna realidad fuera de Hakadosh Baruj Hu. Pues cuando la persona reconoce y cree que todo proviene de Hashem mediante Su providencia individual, entonces no hay ninguna diferencia entre lo bueno y lo malo, ya que nada malo procede del Creador, bendito sea Su Nombre.

Como decía Rabí Zusha de Anipoli Hakadosh, zal, quien vivía en extrema pobreza: él no conocía el significado de «la persona debe bendecir sobre lo malo», ¡porque jamás tuvo nada malo!

(Tiv Hatorá – Miketz)

Un nombre grande y santo en Tu mundo

«Y para Ti hiciste un Nombre grande y santo en Tu mundo, y para Tu Pueblo Israel hiciste una gran salvación y liberación como en este día.» (Bendición de Hodaá en la Amidá, Al Hanisim)

Puede insinuarse en esto que, en los santos días de Janucá, se reveló Su Nombre, bendito sea, incluso «en Tu mundo»: también dentro de los asuntos del mundo material y en los niveles bajos de las ocupaciones terrenales. Y con esto vencieron los justos y santos de Israel a la *kelipá* (cáscara de impureza) de Grecia y a su cultura, que querían sumergir a los Hijos de Israel en la impureza de la materialidad y en el cultivo del cuerpo. Por eso ordenaron a los Hijos de Israel (*Bereshit Rabá* 2:5): «Escriban **para ustedes** en el cuerno del **toro**: "No tenéis parte en el D-ios de Israel"».

El «toro» es símbolo de la fuerza de los asuntos del mundo material y del vigor del cuerpo en la labor de arar la tierra. «Para ustedes» alude también a los asuntos terrenales, como es sabido. Su intención era separar la materialidad del D-ios de Israel, insinuando que cuando uno está ocupado con el «para ustedes», con las cuestiones materiales, no tiene parte en la espiritualidad, D-ios libre.

Hay personas que cumplen todas las *mitzvot* como corresponde, estudian Torá y rezan las tres plegarias diarias; pero cuando se ocupan de asuntos materiales, allí se comportan como animales —sin entendimiento y sin elevación—. Y sin embargo, existe todo un capítulo dictaminado en el *Shulján Aruj*, sección Óraj Jaím (cap. 231), sobre la base del versículo: «En todos tus caminos, conócelo (a Hashem)» (*Mishlé* 3:6), incluso en cuestiones de comer, dormir y en todas las ocupaciones materiales «de tu mundo». Véase allí.

El *Bet Aharón* de Karlin, zal, se acercó una vez, después de la elevada plegaria de Shajarit de Shabat, a un joven *avrej*, y le dijo: «Mira, durante la plegaria los dos estuvimos igual... Rezamos juntos con devoción, amor, temor, etc. Pero la diferencia real entre nosotros se reveló en el Kidush después de la plegaria, cuando comimos el kúguel. Yo me mantuve en la adhesión a Hashem *Yitbaraj* incluso mientras comía. Pero, por la forma que te abalanzaste a comer, tú caíste en los deseos del mundo material... ¡dentro del kúguel!».

Como dijo el Seraf Hakadosh de Kotzk, zal, sobre el versículo del Halel (*Tehilim* 115:15): «Los cielos son los cielos de Hashem, y la tierra la dio a los seres humanos». Los asuntos de «los cielos» ¿acaso no pertenecen naturalmente a Hashem, allí? En los cielos, todo es puramente espiritual. Pero la finalidad principal

de que entregara «la tierra», es decir, las cuestiones terrenales, «a los seres humanos» es para que conviertan la tierra en los cielos...

(*Tiv Hamoadim – Janucá*, capítulo 4)

El embellecimiento de la *mitzvá* tiene recompensa

En una de las aldeas polacas de la región de Koznitz, un judío había arrendado del *paritz* (terrateniente) local el molino del pueblo.

No era en absoluto un medio de sustento fácil. En los años buenos, cuando había abundancia de cereal, el judío se alegraba del arduo y agotador trabajo de moler el trigo para todos los habitantes del pueblo. Pero las verdaderas dificultades llegaban en los años de sequía, cuando no era posible conseguir trigo en toda la región, salvo a precios altísimos que los pobres campesinos no podían pagar.

Un año, la sequía fue especialmente dura, y al finalizar el año, aquel judío se vio totalmente impotente, sin dinero para pagar al severo *paritz* el importe del arrendamiento del molino.

Para su desconsuelo, el año siguiente no fue mejor. Sus deudas aumentaban día a día, pues el despiadado *paritz* cobraba intereses por cada jornada de retraso. Para mantener a su familia, pidió préstamos a los buenos judíos del pueblo que quisieron tenderle una mano. Pero con el tiempo prácticamente ya no encontró a nadie dispuesto a prestarle de nuevo, pues aún no había saldado los préstamos anteriores...

Un día, su esposa, viendo su terrible angustia, le dijo: «En la ciudad cercana se ha asentado nada menos que el santo Maguid de Koznitz. Bien vale la pena intentar ir a la ciudad y solicitar del *Tzadik* que pida por nuestra salvación».

El hombre se puso en camino hacia Koznitz. Cuando se presentó ante el *tzadik*, y con lágrimas en los ojos pidió salvación en lo concerniente al sustento. El Maguid Hakadosh se sumió en pensamientos y luego le dijo: «Nos acercamos ahora a los días de Janucá. Procura durante los días de la festividad encender las luces con aceite de oliva, precisamente aceite de

oliva». Con esto concluyó el Maguid sus palabras santas, lo despidió con paz y le dio su bendición.

El hombre salió confundido y perplejo. ¿Qué tenía que ver una cosa con la otra? Aun así, su espíritu guardó fielmente la instrucción del Rebe, recordando muy bien la indicación precisa que había recibido.

Y cuando se acercó Janucá, buscó entre sus amigos quien le prestara dinero para comprar aceite de oliva puro, pero nadie le quiso prestar, pues tenía aun deudas pendientes. En la víspera de Janucá, sin más remedio, tomó un mueble de su casa, lo cargó en su carreta y fue al mercado del pueblo cercano de Koznitz para venderlo. Con lo que obtuvo pudo comprar aceite de oliva puro, apto y hermoso para la *mitzvá*; y aún le sobraron algunas monedas para un poco de pan para los niños.

Subió de inmediato a la carreta para regresar a su aldea. Era la víspera de Janucá, a pocas horas del encendido, y deseaba con toda su alma cumplir la *mitzvá* conforme a la instrucción del Rebe Hakadosh, ¡con aceite de oliva puro!

En medio del trayecto, vio de repente una lujosa carroza accidentada, volcada en el suelo. Se detuvo para ver qué paso y ayudar. El imponente caballo que la tiraba y su conductor yacían muertos. Y bajo el peso de la lujosa carroza yacía nada menos que el *paritz*, el señor feudal, bastante herido, respirando con gran dificultad y semi inconsciente.

El judío comenzó de inmediato labores de rescate. Con enorme esfuerzo logró levantar la carroza lo suficiente como para liberar el cuerpo del *paritz*, con sumo cuidado lo subió a su sencilla carreta y lo llevó a su casa. Allí el judío y su esposa lo cuidaron y reanimaron, recostándolo cerca de la chimenea. Mientras tanto, el judío cumplió con la *mizvá* de encender la primera vela de Janucá con aceite de oliva puro, tal como le había instruido el Maguid de Koznitz. Luego de varias horas, milagrosamente, el *paritz* se recuperó lo suficiente como para caminar y le dijo al judío que lo llevara a su castillo.

A la mañana siguiente, en medio de

la *tefilá* de Shajarit, llegó el sirviente del *partiz* y exigió del judío que lo acompañara de inmediato adonde su patrón, quien exigía su presencia con urgencia.

Al llegar al palacio, lo introdujeron en el gran salón. El *paritz* estaba sentado cómodamente en su sillón, sonriendo, aunque aún visiblemente dolido por los golpes del día anterior, e invitó al tembloroso judío a sentarse junto a él.

«Debes saber —comenzó el *paritz*—, que ayer me salvaste de una muerte segura. Ahora fija tú mismo tu recompensa, y yo te la pagaré. ¿Cuánto quieres por haberme rescatado y salvado la vida?».

«Entre nosotros, los judíos —respondió el hombre con modestia—, no es costumbre cobrar por salvar vidas. Es nuestra obligación moral y está ordenado en nuestra Torá. Hice lo que debía hacer, y no cobramos por ello».

Al oír esto, el *paritz* dijo: «Pero yo conozco muy bien tu situación. Te cuesta conseguir incluso el préstamo más pequeño... y ni hablar del enorme alquiler del molino que debes por los últimos dos años. Pues yo declaro ahora solemnemente: te perdono toda tu deuda, íntegra. Y además te entrego un documento firmado que te otorga el arrendamiento del molino por otros diez años... gratuitamente». Y no solo eso, sino que le entregó en efectivo una significativa suma de miles de rublos.

No pasó mucho tiempo y aquel judío se convirtió en un hombre muy acaudalado. La bendición del santo Rebe lo acompañó siempre, y en pocos años llegó a ser un gran y renombrado filántropo, cuyo nombre era conocido en toda la vasta Polonia.

De esta historia aprendemos el poder del *hidur mitzvá* (embellecimiento del precepto de la mejor manera): el Maguid Hakadosh atrajo la gran salvación para aquel hombre mediante el esmero en la *mitzvá* de usar aceite de oliva en Janucá. Porque, aunque el *tzadik* decreta y *Hakadosh Baruj Hu* cumple, se necesitan recipientes para recibir la bendición; y ese recipiente fue el *hidur mitzvá*.

¡Cuánto debemos embellecer las *mitzvot*, de lo más selecto entre lo selecto!